

la órden de preparar vuestra habitacion; no dormireis peor, que en el meson del Aguila, donde contábais pasar la noche; está, pues, convenido, y sereis el huésped del ermitaño: armaos de paciencia, y perdonad á un anciano, que no vive mas que de recuerdos, si os cuenta particularidades, que solo para él tienen importancia: en una palabra, permitid que mi narracion me haga vivir en el pasado. Y el anciano escultor, empezó su relacion en los términos siguientes:

II

A un cuarto de legua de aquí, cerca de un claro y azulado arroyo, se eleva una pequeña casa llamada *La casa del agua*, y rodeada de bosques y de praderas.

Hace cincuenta años estaba habitada por Maese Wohe-naér, fabricante de zuecos, y conocido de todos los tenderos del pueblo por los lindos calzados de madera que solia hacer; su oficio le procuraba—bien que con mucho trabajo—bastante producto para subvenir á las necesidades de su numerosa familia; porque tenia nada menos que seis hijos; todos de muy tierna edad.

Tenia, además, en arriendo un pedazo de tierra; su mujer atendia al cuidado de algunas vacas, y esto traia á la casa de esta honrada familia un bienestar relativo.

Seguramente el laborioso artesano se habria tenido por muy dichoso, si una causa incesante de tristeza no hubie-ra traído una nube negra á su horizonte: entre sus seis hijos habia uno—de edad de once años—que se hacia notar por su belleza extraordinaria: tenia los cabellos negros y hechos búcles naturales, los ojos oscuros, brillantes y llenos de ternura y las facciones de una encantadora pureza: mas el pobre niño no sabia hablar; en los primeros meses de su infancia se habia caído de la cuna con la cabeza hácia adelante; habia sido atacado de convulsiones

espantosas y luchado largo tiempo con la muerte; se creyó que durante este accidente la lengua habria sido atacada de parálisis, porque aunque no podia articular ningun sonido distinto, oia muy bien, cuanto se hablaba.

El fabricante de zuecos, era mi padre: yo, el pobre niño mudo.

Mi padre me amaba, y me compadecia con todo su corazon: frecuentemente, cuando yo me hallaba en silencio á su lado, interrumpia su trabajo y fijaba en mí una mirada llena de tristeza y de piedad; entónces, yo le abrazaba, lleno de gratitud y trataba de consolarle con mis gestos, de la pena que le causaba mi desgraciada suerte; pero en lugar de consolar su tristeza, mis caricias solo conseguian algunas veces, hacerle llorar: yo hacia esfuerzos sobrehumanos para poder hablar; pero él no oia salir de mi garganta otra cosa que sonidos inarticulados, gritos roneos y penetrantes que le desgarraban el corazon: por otra parte, como todos los mudos, yo era de una sensibilidad extrema, y mis menores gestos, mis menores movimientos para expresar lo que pensaba ó lo que sentia, eran violentos y exagerados como los de un insensato.

Mis padres se preguntaban, si acaso el accidente de que habia sido víctima habria turbado mi cerebro: mis hermanos y hermanas me creian idiota: los niños del pueblo tenían miedo del pequeño salvaje de la Casa del agua, y me llamaban el *loco*.

Yo era muy jóven, y sin embargo, me hallaba profundamente lastimado de ser tan mal pagado de todo el mundo: algunas veces, cuando llevaba á pacer nuestras vacas, permanecia durante largas horas sentado al lado de la pradera, y vertia amargas lágrimas; porque yo no podia hablar, y los otros muchachos, con quienes deseaba jugar, se burlaban de mí y me huian á causa de mi enfermedad: yo me sentia ya con fuerzas para probar que no merecia el nombre de *loco*, que me daban; tenia

sed de amistad y de estimacion, quizá habia en mí una especie de orgullo, que me inspiraba un deseo enfermizo de sobresalir por una cualidad cualquiera que fuese.

Quizá podria hallarse en esta aspiracion confusa de mi espíritu la razon del trabajo singular en que me ocupaba sin descanso: jamás salia al campo sin llevar en los bolsillos algun pedazo de madera: solo ya, y sentado al pié de un árbol, me aplicaba asiduamente á tallar con mi cuchillo imágenes de animales, y con frecuencia me quedaba sentado durante dias enteros, absorto en mi trabajo, y con la frente bañada de sudor: si yo conseguia, siguiendo mi idea, sacar de la madera una figura, mas ó menos parecida, saltaba, bailaba y reia como si hubiera alcanzado una victoria: mas si apesar de mis esfuerzos no aparecia bajo el cuchillo ninguna imagen que se pudiera reconocer, dejaba caer mi obra con desaliento y me torcia los brazos con despecho.

Cuando yo enseñaba á mi padre mis figuras de madera, alzaba los hombros con una triste compasion: la vanidad singular que yo tenia en mis groseros ensayos, le entristecia como si hubiera hallado en ellos una razon de mas para dudar de la claridad de mi inteligencia.

En cuanto á mí, me bastaba el que mi madre me sonriese algunas veces al ver mis obras, que mis hermanas se divirtiesen en jugar con mis figuras y que ninguno de mis hermanos, de mas edad que yo, supieran hacer otro tanto.

Un dia habia yo trabajado con ardor toda la mañana procurando copiar en un pedazo de madera la figura de nuestro anciano cura: cuando miro hoy aquel ensayo, me daria vergüenza si no estuviera unido á él un recuerdo sagrado; pero entónces me pareció tan bien hecho que me hallaba trasportado de alegría, y llevando las vacas al establo saqué mil veces de mi bolsillo el informe pedazo de madera para admirarlo y que el cuerpo y los vesti-

dos se pareciesen mas ó menos á los del cura, no era lo que me inquietaba; pero yo habia imitado con facilidad su sombrero y esto á lo menos se podia conocer al primer golpe de vista.

Temiendo que mis hermanas quisieran jugar con mi pequeña estátua la mantuve oculta y no la enseñé al volver á casa.

Me senté en un rincon de la cocina con la mano en el bolsillo acariciando mi obra maestra y sumergido en dulces pensamientos.

Mi padre habia ido á la ciudad para negocios de su comercio: mi madre, mi hermana y mis hermanos se hallaban en casa, y hablaban del propietario de esta: habian sabido que acababa de adquirir el castillo de Bodeghem y que aquel mismo dia habia llegado en un hermoso carruaje á visitar su nueva propiedad. Mi madre hablaba en voz baja para no despertar la atencion del inocente mudo, porque yo no sabia mas que estar inmóvil ó gritar como un poseido.

Mientras mi madre hablaba de esta importante nueva, la puerta se abrió de repente y una dama ricamente vestida entró en la habitacion llevando de la mano una niña que tendria apenas un año menos que yo.

Aquella señora era la esposa de nuestro propietario y conocia á mi madre, que habia recibido muchas veces de su mano el precio del alquiler de nuestra casa: así es que se sentó y se puso á hablar familiarmente de la casa de campo que su marido acababa de comprar, añadiendo que en adelante tendria muchas veces ocasion de ir á ver á los buenos arrendadores de las tierras y quintas que su esposo Mr. Pavelyn poseia en las inmediaciones.

Mis hermanos y hermanas escuchaban con curiosidad respetuosa lo que esta dama decia: en cuanto á mí, me habia puesto de pié y estaba como herido de inmovilidad ante la pequeña señorita: mi cuerpo temblaba: mis ojos

brillaban de admiracion, mi corazon latia violentamente, y por primera vez de mi vida la emocion que me agitaba no se manifestaba por medio de gritos salvajes.

La aparicion de un ángel, tal como yo lo comprendia por las descripciones de mi madre, no podia haberme producido una armonía mas violenta y mas viva, porque un ángel no podia ser mas hermoso que esta niña lo era á mis ojos: su frente y sus mejillas eran blancas como el alabastro, sus lábios finos, tenian el colorido de las hojas de la rosa: sus ojos eran azules y profundos como el cielo en un dia de estío; al rededor del óvalo perfecto de su lindo rostro caian sus cabellos rubios, espesos y sedosos en abundantes bueles: estaba vestida de terciopelo y raso: llevaba un collar de coral, brazaletes de oro y sus pequeños piés calzaban borceguíes de tafíete.

Todo en ella me asombraba y me heria de una admiracion creciente: hasta su misma palidez y su delicadeza, porque esta delicadeza la hacia pasar á mis ojos por un ser superior, y de una esencia infinitamente mas elevada que la de los robustos y gruesos muchachos de nuestro pueblo.

Miróme ella durante algunos segundos, con sus ojos azules y pensativos, como para pedirme la explicacion de mi singular actitud: despues de una sonrisa tranquila y dulce, entreabrió sus lábios: esta sonrisa penetró en mi corazon como un rayo de sol, y me arrancó un grito salvaje: di un paso atrás y levanté los ojos al cielo como si la sonrisa de aquella niña, hubiera sido alguna cosa milagrosa.

—Mi extraño grito, atrajo la atencion de la dama.

—¿Qué tiene ese niño? preguntó á mi madre. Es nuestro pequeño Leon, repuso mi madre: no hagais caso de él, señora: es mudo, y hace vanos esfuerzos para hablar.

Al decir estas palabras, mi madre llevó un dedo á la

frente, para hacer comprender que además de lo dicho, mi cerebro estaba enfermo.

—¿Os llamis Leon? es un nombre muy bonito: ¡ah! qué lástima que no podais hablar!

La emoción me arrancó algunos gritos confusos é inarticulados.

—Es preciso que perdais la costumbre de gritar así, dijo ella: eso es feo: ¿no aprenderás nunca á hablar, pobre y pequeño Leon, nunca?

Yo no sabia lo que pasaba por mí: me parecia que en aquel momento, me hubiera dejado cortar la mano derecha por poder decir una palabra, una sola inteligible: de repente fuí presa de una violenta convulsion: mis miembros se retorcieron: mi rostro se volvió azulado: ya no grité: pero hice un esfuerzo sobrehumano, para pronunciar el nombre encantador, de la que dos veces habia pronunciado el mio.

Alguna cosa se desgarró en mi garganta, y el nombre de—¡Rosa! Rosa!—resonó por dos veces claro y sonoro en la habitacion.

Aniquilado por este esfuerzo gigantesco, me dejé caer sobre una silla, y quedé inmóvil, con la sonrisa de la dicha y del éxtasis sobre los labios.

—¡Bendito sea Dios! exclamó mi madre con las lágrimas en los ojos: mi hijo ha hablado!

Corrió hácia á mí, me tomó en sus brazos, y me pidió que repitiese otra vez la palabra que acababa de pronunciar: pero yo me persuadí, despues de largos é infructuosos esfuerzos, de que no seria ya capaz de una tan violenta tension de mis fuerzas.

Sin embargo, yo estaba encantado del éxito obtenido, y me esforzaba en hacer comprender por señas, que esperaba poder hablar: no cesaba de señalar á la pequeña señorita, y juntaba las manos delante de ella, para hacer comprender, que era á ella á quien yo seria deudor de la

palabra, de la dicha de mi vida, y la daba gracias como á un ángel enviado por Dios, para traerme la esperanza y la libertad.

Rosa se hallaba visiblemente enternecida de estas muestras de gratitud, y una alegría sincera brillaba en sus azules ojos: sin duda era dulce para su corazon compasivo, el pensar que su presencia habia hecho algun bien á un pobre niño como yo: tiró á su madre del chal, para obligarla á que se inclinara, la dijo alguna cosa al oido, y despues de ver su gesto afirmativo, se acercó á mí: sacó del bolsillo de su traje una cajita de una piedra blanca y trasparente, cubierta de estrellas de oro, y la puso en mi mano diciéndome con dulzura:

Tomad, Leon: esto es para vos: ahí dentro hay unas pastillas que os gustarán mucho: es preciso que hagais todo lo posible, para aprender á hablar: y cuando sepais, yo os daré cosas todavia mas bonitas.

La amable niña, no tenia otra intencion que la de consolarme; decíame estas dulces palabras por caridad, y como una limosna hecha á mi desgracia: mas su piedad hizo sobre mí una impresion mas profunda, de lo que ella podia figurarse; sus palabras cayeron una á una como un rocío bienhechor, sobre mi corazon oprimido, y se grabaron con rasgos indestructibles en mis recuerdos; yo quedé con su regalo tan admirado, tan enternecido, que continuaba en dar vueltas entre mis dedos á la linda cajita, y no apercibí que mi madre la tomaba para admirarla á su vez.

Al fin volví en mí, y probé á hacer comprender á la hermosa niña cuánta era mi tristeza por no poder hacer nada para darle gracias por su regalo: saqué del bolsillo el retrato del cura y lo puse en las manos de mi bienhechora, diciéndole por gestos que yo mismo lo habia tallado y que se lo daba en cambio de su caja.

La dama al ver este objeto informe, pareció sorprendi-

da de mi simplicidad: mi madre me excusó diciendo que yo me ocupaba durante dias enteros en trabajar figuritas y que sin duda creia que aquella valia alguna cosa: mis hermanos se reian de mi presuncion.

Rosa miraba sin decir nada mi pobre regalo, le hacia tener de pié en su mano, le daba vueltas y parecia divertirse mucho.

¿Qué me importaba que todos se burlasen de mi obra si ella la juzgaba digna de su atencion?

Un sentimiento de alegría inefable inundó mi alma, cuando Rosa, rehusando dejar la imágen del cura que mi madre queria tomarle, dijo á la suya:

¡No mamá! déjameo conservar! ese pobre niño lo ha hecho y es bonito: esta noche se lo enseñaré á papá y me servirá para jugar.

—Cosas de niños! dijo la dama encojiéndose de hombros; se les dan juguetes y muñecas de gran valor y prefieren divertirse con cosas que no tienen ninguno: al cabo de algunas horas abandonan lo mismo el juguete malo que el bueno y ya no piensan mas en él.

Mis tristes miradas y mis gestos preguntaron á Rosa si seria esta la suerte de mi humilde presente, pero una señal de cabeza me tranquilizó: me habia comprendido y me prometia conservar el retrato del cura.

—Ya es tiempo de que partamos, dijo Mme. Pavelyn: mi esposo nos espera, y acaso están ya enganchados los caballos al carruaje: este año no habitaremos el castillo, que debe ser restaurado y amueblado: hasta la primavera no puede estar en estado de recibimos, entónces nos veremos, pues yo os estimo, hoy hemos venido solo á visitar la nueva propiedad: partamos, Rosa: da la mano en señal de despedida al pobre Leon, y volvamos al lado de tu padre.

Fácil fué leer en mi semblante cuanto me afligia esta

marcha precipitada. Rosa me estrechó la mano y me dijo al oido:

—No os pongais triste, Leon: aprended pronto á hablar y haced figuritas para mí: yo volveré y estaré muy contenta.

Yo puse la mano ante mis ojos para no verla partir: mi madre me riñó duramente por mi impolítica y me amenazó con decir á mi padre lo poco razonable de mi conducta.